

Homilía de III Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2014 - 2015 - (Ciclo B)

“Destruíd este templo, y en tres días lo levantaré”

Introducción

Entre las categorías que utiliza la Teoría del Arte existe una de particular interés, la categoría de lo sublime. Esta categoría trata de aprehender en un mismo término la idea de lo excelso inexpresable y lo terrible nefando, captando la experiencia de que, en su extremo, lo mejor y lo peor se tocan formando dos caras de una misma realidad. Así, en lo sublime, entre la suma belleza y la suma fealdad, entre el sumo bien y el sumo mal, no hay apenas salto.

La religión es lo sublime por excelencia: recoge y expresa en sí lo más excelso de la experiencia del hombre (la experiencia de lo divino); pero también puede recoger la perversión mayor de esa experiencia, sin apenas apercibirlo.

Guiados por el evangelio de hoy, el periodo cuaresmal puede ser un momento adecuado para hacer un discernimiento personal y comunitario acerca de la misma religión.



Fr. Ángel Romo Fraile
La Virgen del Camino (León)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 20, 1-17

En aquellos días, el Señor pronunció estas palabras: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí. No te fabricarás ídolos, ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo el pecado de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian. Pero tengo misericordia por mil generaciones de los que me aman y guardan mis preceptos. No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Porque no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso. Recuerda el día del sábado para santificarlo. Durante seis días trabajarás y harás todas tus tareas, pero el día séptimo es día de descanso, consagrado al Señor, tu Dios. No harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el emigrante que reside en tus ciudades. Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra, el mar y lo que hay en ellos; y el séptimo día descansó. Por eso bendijo el Señor el sábado y lo santificó. Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días en la tierra, que el Señor, tu Dios, te va a dar. No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo».

Salmo

Salmo 18, 8. 9. 10. 11 R. Señor, tú tienes palabras de vida eterna.

La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante. R/. Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón; la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos. R/. El temor del Señor es puro y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos. R/. Más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel de un panal que destila. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1, 22-25

Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados —judíos o griegos—, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 2, 13-25

Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a

los que vendían palomas les dijo: «Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre». Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El celo de tu casa me devora». Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: «Qué signos nos muestras para obrar así?». Jesús contestó: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». Los judíos replicaron: «Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?». Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús. Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

Pautas para la homilía

Si la Cuaresma era en su origen un tiempo de preparación previa al bautismo de los nuevos convertidos al cristianismo, ¿qué sentido tiene que la repitamos todos los años los que ya hemos sido bautizados? ¿Tal vez no nos descubrimos convertidos, pues todos los años nos repetimos la necesidad de conversión? ¿Esperamos, pues, que acontezca algún signo especial en nuestras vidas que nos dé señales fehacientes de haber alcanzado la conversión? ¿O tal vez, esperamos experimentar una conversión milagrosa?

Por otro lado, se nos recuerda que la conversión cuaresmal involucra una serie de actitudes y acciones voluntaristas de la persona – las condensamos típicamente en oración, abstinencia, limosna-, que parecen necesitar de una continua justificación y atribución de sentido en la vida cristiana; de ahí, que habitualmente recurramos a argumentos de universalidad basados en la sabiduría natural del hombre (el ayuno ha probado ser una acción saludable para regenerar el cuerpo y liberar el espíritu, la oración es un efectivo medio de encontrarse a uno mismo y favorecer una vida psicológica sana, la abstinencia se actualiza a todo tipo de dependencias viciosas – consumismo, tecnología,, etc.).

Ni signos (milagros traduce la lectura litúrgica la palabra griega semeion) ni sabiduría humana (nos responde Pablo), la conversión cristiana no puede apoyarse ni buscarse en signos extraordinarios en nuestra vida, ni tampoco en el voluntarismo del hombre: tanto lo uno como lo otro se pierde en la interpretación de la ambigüedad que los caracteriza, y en la conversión cristiana no cabe ambigüedad (“muchos creyeron al ver los signos que realizaba, pero Jesús no se fiaba de ellos”).

El pueblo de la Alianza expresaba sin ambages la conversión en el cumplimiento del pacto del Sinaí, objetivado en la Ley, condesada, a su vez, en el Decálogo. ¿Es el Decálogo signo de Dios o sabiduría humana? El Decálogo – como todo Código – es expresión de la sabiduría humana fundada en la experiencia y deseo de la misma existencia y convivencia entre los hombres, pero existencia y convivencia que se descubre posible sólo fundamentada en la misma sabiduría y voluntad de Dios, que quiere que su pueblo viva. “¿Qué signo nos das para obrar así?”, ¿qué signo nos das de que quieres nuestra vida?; ¿qué signo nos das para que seamos tu pueblo? Y Yahvé da un signo, el signo: “Yo te hice salir de la esclavitud”. Ese será para siempre el signo de Dios. El signo de Dios es liberar de toda esclavitud.

Dos formas son la expresión extrema de la esclavitud, de las que sólo Dios mismo puede liberar: la que la persona ejerce sobre sí misma y la que se ejerce en nombre de Dios mismo. Son las máximas expresiones porque ante ellas el hombre está ciego, es incapaz de verlas. El evangelio de hoy nos muestra que ambas se pueden dar unidas en la relación del hombre con Dios: el que el mismo hombre puede encadenarse a sí mismo a través de las estructuras religiosas que ha creado para mediar su relación con Dios. De esta forma, el signo mismo de Dios hacia el hombre – la liberación de la esclavitud – queda pervertido, y con ello, el mismo sentido de la religión: la relación de Dios con el hombre. El vínculo cultural – la mediación entre Dios y el hombre– ha devenido cadena. El culto ha encadenado al hombre en su relación con Dios, porque ha suplantado y desvirtuado la vía experiencial de acceso del hombre a Dios (y de Dios al hombre -“sabe lo que hay en el interior del hombre”-), sin la cual el culto carece de espíritu.

Hombre como es - al declararse a sí mismo estructura fundamental de la mediación de Dios con los hombres - Jesús sana esa relación, y lo hace bajo el signo mismo de Dios: la liberación de aquello que ha quedado encadenado. Así, al ofrecer su humanidad al sacrificio (“Cristo crucificado”), destruye la atadura cultural liberando ambos extremos: de un lado, al hombre; de otro lado, a Dios mismo. Al destruir la carne humana (“este templo”) en el sacrificio cultural ha liberado el espíritu del hombre para que pueda adorar a Dios en espíritu y verdad. Al destruir el Templo de piedra (“la casa de mi Padre”), ha liberado el Espíritu para que pueda ser adorado en espíritu y verdad.

Jesús ha liberado a Dios mismo para que Dios pueda liberar al hombre; Jesús ha liberado al hombre para que el hombre pueda salir al desierto a adorar a su Dios.

¿Buscas signos de tu conversión? Mira si eres libre de ti mismo; mira si dejas libre a tu Dios; mira si dejas a Dios liberarte. Para ser libres nos liberó Jesucristo; también, de la misma religión.



Fr. Ángel Romo Fraile
La Virgen del Camino (León)

Evangelio para niños

III Domingo de Cuaresma - 8 de marzo de 2015



La purificación del Templo

Juan 2, 13-25

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaba la Pascua de los Judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote con cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: - Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre. Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: "El celo de tu casa me devora" Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: - ¿Qué signos nos muestras para obrar así? Jesús contestó: - Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Los judíos replicaron: - Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días? Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús. Mientras estaba en Jerusalén por la fiestas de la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

Explicación

Jesús se enfadó mucho con los que habían convertido el Templo de Jerusalén en una gran superficie de comerciantes, cambistas de monedas y aprovechados, y les dijo, arrojando por los suelos sus mostradores: Quitad todo esto de aquí, porque este es un lugar es de oración sencilla y confiada con Dios.